

María Caridad Ortiz
Coordinadora

Austeridad o crecimiento: un dilema por resolver

Serie Economía y Territorio N° 2



2019

Austeridad o crecimiento : un dilema por resolver / coordinado por María Caridad Ortiz. Quito : Consorcio de Gobiernos Autónomos Provinciales del Ecuador - CONGOPE : Ediciones Abya Yala : Incidencia Pública del Ecuador. 2019

xiii, 196 páginas : ilustraciones, gráficos, infogramas, tablas (Serie Economía y Territorio ; 2)

Incluye bibliografía

ISBN: 9789942096623

CRECIMIENTO ECONÓMICO ; ECONOMÍA ; POLÍTICA PÚBLICA; SISTEMA ECONÓMICO ; ADMINISTRACIÓN PÚBLICA ; DOLARIZACIÓN ; RECESIÓN ECONÓMICA ; ECUADOR ; AMÉRICA LATINA. I. ORTIZ, MARÍA CARIDAD, COORDINADORA

332.46 - CDD

Primera edición: 2019

© **Consortio de Gobiernos Autónomos Provinciales del Ecuador – CONGOPE**

Wilson E8-166 y Av. 6 de Diciembre

Teléfono: 593 2 3801 750

www.congope.gob.ec

Quito-Ecuador

Ediciones Abya Yala

Av. 12 de Octubre N24-22 y Wilson, bloque A

Apartado Postal: 17-12-719

Teléfonos: 593 2 2506 267 / 3962 800

e-mail: editorial@abyayala.org / abyayalaeditorial@gmail.com

Quito-Ecuador

Incidencia Pública Ecuador

Calle San Luis Oe8-78

San Francisco de Pinsha, Cumbayá

Teléfono: 593 999 012 226

e-mail: incidenciapublica.ecuador@gmail.com

Quito-Ecuador

Coordinador general de la serie: Francisco Enríquez Bermeo

Edición: María Caridad Ortiz

Corrección: Ediciones A&I

Diseño y diagramación: Antonio Mena

Impresión: Ediciones Abya Yala, Quito-Ecuador

ISBN: 978-9942-09-662-3

Tiraje: 1000 ejemplares

Impreso en Quito-Ecuador, septiembre de 2019

Las opiniones de los autores no reflejan la opinión de las instituciones que patrocinan o auspician la publicación.

Este trabajo se llevó a cabo con una subvención del Consorcio de Gobiernos Autónomos Provinciales del Ecuador – CONGOPE

Serie Economía y Territorio

Es un espacio creado por el CONGOPE e Incidencia Pública para debatir entre los gestores de la política pública, la academia y la sociedad civil sobre el desarrollo desde una perspectiva económica y territorial.

Índice

Presentación	VII
<i>Pablo Jurado Moreno</i>	
Prólogo	IX
<i>Francisco Enríquez Bermeo</i>	
Introducción	1
<i>María Caridad Ortiz</i>	
Austeridad fiscal y crecimiento económico en la literatura internacional	3
<i>María Caridad Ortiz</i>	
¿A qué responde la austeridad fiscal en México y cuáles son sus consecuencias?	37
<i>Arturo Huerta González</i>	
Austeridad y rol del Estado	71
<i>Alberto Acosta-Burneo</i>	
Distintos senderos de austeridad	95
<i>Sebastián Oleas</i>	
Las crisis en el siglo XXI: respuestas de política económica desde y para el Sur	127
<i>Jaime Gallegos Londoño</i>	
Sostenibilidad de los gobiernos autónomos descentralizados municipales en el Ecuador: 2010-2016	157
<i>Gabriela Córdova y Karla Meneses</i>	

Las crisis en el siglo XXI: respuestas de política económica desde el Sur y para el Sur

Jaime Gallegos Londoño*

Resumen

En este artículo se conceptualiza y se hace un estudio de la estructura de las crisis en la época capitalista. Se analiza la hipótesis de que las nuevas crisis del capitalismo en el siglo XXI van más allá de los contenidos convencionales (caída del producto y del empleo) y/o de los contenidos estructurales (de desinstitucionalización y marginación). Se debate también sobre la dicotomía que existe entre desarrollo y políticas públicas. Por último, frente a la coyuntura ecuatoriana, se afirma que el país, así como América Latina, necesita de un Estado más grande y más eficiente, y que el ajuste estructural no es una salida ante la crisis del déficit fiscal.

Palabras claves: crisis, capitalismo, desarrollo, Estado, ajuste

* Doctor en Ciencias Económicas por la Universidad de Barcelona. Docente investigador de la PUCE. jaume108@gmail.com

Conceptualización y estructura de la(s) crisis

Las llamadas crisis económicas del sistema capitalista han sido consideradas como hechos extraordinarios; sin embargo, no han dejado de ser noticia relevante y cotidiana –muchas veces minimizadas desde el punto de vista mediático– y serán siempre un tema de análisis académico y debates políticos interminables. Durante el siglo XX y lo que va del XXI, algunas de estas crisis se han mostrado de manera muy especial, ya que han detonado cambios substanciales en la estructura y funcionamiento de la economía mundial.

En este sentido no podemos dejar de mencionar la crisis brutal del capitalismo norteamericano, “el crack del 29”, que cambió de manera radical la manera de enfrentar los tremendos desequilibrios estructurales del “capitalismo libre”. En esta crisis no solo que cayeron las bolsas, sino que hubo enormes efectos sobre el empleo y la demanda agregada, en fin, sobre el conjunto de la vida económica y social de Norteamérica. Este último caso llevó por primera vez a establecer políticas públicas de intervención y que hoy conocemos como la *revolución keynesiana*; cuyas implicaciones conceptuales se apartaron del canon convencional del paradigma *neoclásico-marginalista* basado en la mega libertad económica. El Estado pasó a ser un protagonista fundamental en el diseño y desempeño económico, no solo en EE.UU., sino en el mundo entero.

El capitalismo, en un punto crítico, requirió de una poderosa regulación externa para seguir creciendo, así los artilugios de política fiscal y monetaria hacían del Estado no solo una necesidad del momento, sino una condición *sine qua non* para alcanzar el equilibrio económico y el desarrollo mismo del sistema para el largo plazo. El resultado final: EE.UU. se convirtió, a partir de 1945, no solo en la nueva potencia central del capitalismo, sino que pudo continuar con el modelo industrial nacional que en poco tiempo dominaría el mercado mundial. Casa adentro, el efecto redistribución consiguió crear el famoso “estado del bienestar” creciente, donde los fantasmas del desempleo y la inflación habían desaparecido. El Estado se convirtió en el eje del funcionamiento de un capitalismo cada vez más concentrador y competitivo.

El nuevo modelo evolucionó hasta el paroxismo en los años 70, donde empezó a existir un agotamiento de las formas y políticas de EE.UU. en relación con el control de la economía mundial, a pesar de que esta era ya subsidiaria mayoritariamente del dólar norteamericano. Empezó, entonces, una transición, esta vez hacia un capitalismo sin barreras comerciales, sin controles, es decir con menos intervención del Estado en el centro del sistema, pero un mayor control político de la periferia, traducido al lenguaje geopolítico y expresado con el sometimiento dictatorial en el 90% de los Estados llamados el “patio trasero”. Así empieza a operar el proceso de transición de un capitalismo basado en la escala nacional hacia uno transnacional gobernado por grandes empresas.

De manera análoga, este nuevo proceso requirió de una nueva crisis para continuar en su incesante proceso de acumulación. La llamada década perdida de los años 80 configuró ese elemento del nuevo escenario mundial. La teorización subsecuente nos indica que el origen del cambio en la direccionalidad de las políticas públicas nace en el desarrollo y la experiencia misma de la crisis. Esta es el punto de partida o síntesis de la expresión de un cambio de época que derivó en consecuencias delimitadas, sobre todo en una modificación más profunda y agresiva en el manejo de las estructuras de poder a escala global.

La moraleja del siglo XX es que el capitalismo a escala mundial requiere de grandes incentivos para continuar con su onda expansiva y las “crisis” son el punto de inflexión que este proceso requiere. Recordemos que en la década de los 70 casi nadie esperaba un incremento desmesurado y repentino de la principal materia prima del sistema, el petróleo. Dicho sea de paso, el petróleo fue la materia prima que más sufrió el deterioro de los términos de intercambio, de allí que su insignificante precio (promedio USD 2,5 por barril) terminará agotando las oportunidades de los exportadores periféricos que indexaron su precio a la inflación mundial acumulada en al menos tres décadas. Este incremento fue tan brutal que ocasionó el novísimo fenómeno de la estanflación (estancamiento de la demanda agregada y PIB vía incremento de los costos de producción), de allí la necesidad en los mismos EE.UU. de un mayor financiamiento vía deuda que, a la par terminó consecuentemente e irónicamente con la salida del patrón oro.

Como todo proceso tiene beneficiarios y afectados, podemos decir que la crisis del petróleo de los años noventa la pagaron las clases asalariadas en general (consumidores y productores). Al otro lado de orilla, se erigía un solo y gran ganador: el sistema financiero internacional. La economía mundial y su estructura de poder serán sometidas desde allí a este nuevo poder. Todo se resolvió a su favor cuando los excedentes monetarios —llamados petrodólares— iban a parar finalmente en manos de los más grandes bancos. En este punto se produce esta transferencia del poder, el Estado, como tal, previamente regulador e interventor, delegará estas funciones al nuevo actor ya mencionado: el sistema financiero internacional.

Este recuento es casi inevitable para hacer notar que las crisis son, por sí mismas, no solo un espacio de agotamiento de los modelos preestablecidos. Insistimos en la tesis de que son, sobre todo, una oportunidad de reconversión de la acumulación en su camino infinito planteado desde el origen mismo del sistema.

Podemos analizar al detalle el origen de las distintas crisis del capitalismo, incluso podemos caer en la tentación de hacer una comparación sistémica entre ellas (la de los años 30 frente a la de los años 80), sin embargo, nos urge señalar, por ahora, que las crisis actuales (o la actual crisis del sistema capitalista central y de todas las que se presentan en la periferia) se dan dentro de un contexto diferente al que antecedió a las crisis previas. El énfasis ya no solo se encuentra en el comportamiento típico de las variables económicas con sus indicadores (en producción, empleo, precios, consumo, gasto público, deuda y demás), sino en el ambiente que rodea a los períodos llamados procesos recesivos. Hoy existe otro *espacio tiempo* que podemos mencionar a secas como el *período globalizador*, donde las estructuras cambian hacia una nueva configuración del orden económico y político mundiales. A continuación, vamos a analizar los signos de este proceso.

Podemos asegurar que hoy existe una altísima volatilidad del *quantum* de acumulación y producción, que nos hace pensar más bien que lo que se vive hoy es una *crisis permanente*, ligada a los ciclos expansivo y recesivo, y que contiene varias facetas, dentro de un *modus operandi* distinto y curiosamente paradigmático en un estatus quo invariable. El poder y sus formas

de expresión cambian, se vuelven más sutiles, más virtuales, pero no por ello menos efectivas.

Como ya es de conocimiento, la crisis de la deuda para la periferia significó un drenaje de recursos sin precedentes, a tal punto de volver casi inviable y anárquico al capitalismo periférico. Las economías periféricas hasta hoy están reajustándose y sobreviviendo en medio de la apertura comercial mundial, con una competencia indiscriminada debido a un capitalismo, supuestamente, más libre y de mayores oportunidades, pero con resultados desastrosos, sobre todo en relación con los incrementos de las desigualdades dentro y fuera de todos los países, incluidos los llamados desarrollados.

Antes de nada debemos señalar que las contradicciones del capitalismo globalizado no solo están entre los procesos de transnacionalización crecientes que enfrentan los Estados nacionales, algunos todavía con un pie dentro de un sistema más local y el otro en una inserción poco dinámica. En todos los países periféricos también está presente la yuxtaposición de intereses entre las distintas facciones del gran capital, así como una sintomática pugna entre los intereses locales puros (los que trabajan para el mercado interno) y los intereses locales aliados a los globales (Amin S., 1980).

Además, las externalidades del sistema no solo se manifiestan en el inmenso y creciente desempleo mundial, en la caída generalizada de los salarios reales, de los seguros de desempleo y en las pensiones de jubilación. La crisis tiene una expresión paralela mucho más tangible: el agotamiento sin precedentes de los recursos naturales no renovables, al que debemos sumar los efectos de las externalidades negativas que han dejado una huella ambiental casi imposible de revertir, como lo es el mismísimo cambio climático.

Por ello, nos atrevemos a decir que estamos en medio de una verdadera crisis *civilizatoria* antes que una crisis más del sistema de acumulación en sí.

Como concepto la *globalización* (ya prefigurada en los años 70 y 80) se fue convirtiendo casi en una metódica obsesión dentro de los análisis de economistas convencionales y esto a pesar de que la apertura indiscriminada promueve un deterioro constante de los términos de intercambio. También hay evidencia de que no solo se trata de una expansión comercial brutal dentro de una promoción de y hacia una mayor especialización en

la vieja división internacional del trabajo. En realidad, lo que existe es una especie de supervivencia al desnudo, donde se nos dice compita, como pueda, es decir, a costa de los bajos salarios (léase pobreza) y destrucción de la naturaleza.

La ciencia económica dejó de serla. No sabía, y no sabe hoy, cómo tapar el sol con un dedo, ya que no se trata simplemente de un cambio de época, sino de la llegada de un tiempo de exacerbación de la acumulación, esta vez, a escala mundial. Por eso en estas dos últimas décadas presenciamos, casi perplejos, a la velocidad en que se unen inevitablemente mercados, capitales y tecnologías en empresas de tamaños inconcebibles que destruyen lo que al mismo sistema capitalista le costó crear por más de dos siglos: una acumulación a escala nacional. Esta paradoja se realiza en función de la naturaleza misma del sistema, cuyo paradigma es el “crecimiento infinito” en un mundo finito.

No debemos extrañarnos ya que la destrucción del capitalismo nacional en aras del mundial pasa por “fabricar las crisis” para salir ganadores de ellas.¹

Insistimos, ¿acaso la crisis de la deuda (70-90) tuvo y tiene, incluso hoy, unidireccionalmente, un solo responsable? Ya lo advertimos en otras ocasiones, el poder que ganó la banca internacional en medio de la naciente globalización es un hecho a considerar sobre todo como mecanismo de extracción de excedentes en aras de una mega acumulación. En este esquema pagan los platos rotos no solo la ciudadanía, sino también la naturaleza. ¿Acaso no se debe reconocer en última instancia que no solamente es explotado el trabajo humano, sino también el planeta en que vivimos?

En los 70 y 80 ya se empezó a dibujar con mayor claridad lo que hoy llamamos “costos inevitables del desarrollo (capitalista)”. Estos se expresan sobre todo por medio de las llamadas externalidades negativas y sus cuestionables derivados: los problemas ambientales, tan graves ya, como el

1 ¿Acaso Donald Trump no gana las elecciones realizando un viejo espíritu nacionalista de pos-globalización? Hoy lo sabemos y, con seguridad, la guerra comercial con China está controlada con pinzas, supuestamente antiglobalizadora como mensaje masivo, pero se enmarca más bien dentro de una estrategia (para ganar tiempo) de reposicionamiento dentro de la estructura del poder mundial para relanzar a las empresas transnacionales de origen norteamericano, sin que ello cambie para nada el sentido de la globalización en su conjunto. Ver al respecto lo que nos dice el mismo Paul Krugman (2012).

calentamiento global. Ante esta realidad ni los académicos, ni los políticos de entonces supieron –ni saben hasta hoy– digerir a tiempo lo que se ha convertido en la bomba de tiempo del sistema y sociedad actuales.

Aunque parezca increíble, incluso en la actualidad, la degradación ambiental, sobre todo por el desgaste masivo de los recursos naturales no renovables, no se ha podido interiorizar dentro del sistema de precios global. Este desdén nos va pasar factura en el presente siglo, el siglo de las definiciones y decisiones definitivas.

La globalización es una realidad llena de condicionamientos, muchos de ellos encontrados entre sí, a pesar de que la mayoría de economistas cree que es un espacio de oportunidades. En globalización, la valoración de la actividad económica subestima la crisis sistémica, a pesar que se puede demostrar, muy fácilmente, que de hecho es más profunda de lo que parece. Debemos, en efecto, tener en cuenta no solo los indicadores convencionales, sino las externalidades intrínsecas invisibles que podrán surgir –como ya lo hacen– en gran magnitud y a medida que el modelo global se intensifique.

Persiste en ello un auto engaño. Los economistas convencionales y nuevos políticos conservadores indican al unísono que todo es problema de adaptación e inserción al sistema abierto global y que el financiamiento de los déficits públicos y externos tienen solución con un ajuste “necesario”. Curiosa e irónicamente, casi todas las economías del mundo padecen el desempleo, la marginación y la pobreza. Es decir, para el neoliberalismo, las consecuencias intrínsecas y estructurales que nos hacen pensar en una crisis civilizatoria conducen, más bien, a la necesidad de salvar el sistema. Una ironía más que una paradoja, la crisis sistémica es una necesidad del capitalismo global.

Si pudiésemos dimensionar realmente el valor monetario de tales externalidades negativas ambientales acumuladas, estas serían inmensas (Martínez Alier, 2012). Podríamos mencionar una cifra: equivalen, por lo menos, a diez veces el PIB mundial. Eso es lo que deberíamos asumir, como mínimo, como una parte del costo de nuestro supuesto progreso civilizatorio.

Debemos mencionar que, a más de las evidentes externalidades negativas ambientales, existen otros cambios profundos relativos a la reestruc-

turación del espacio geográfico, al crecimiento desmedido del modelo urbano, así como la persistencia del modelo primario exportador que inmoviliza al mismo desarrollo capitalista periférico. También mencionemos el crecimiento de la informalidad que se vuelve anárquica e incontrolable. Se ve como positivo, como parte de un orden y decoro social, no tener tantos migrantes y no migrantes tratando de ganarse la vida en las calles de las ciudades, ya que lo que le importa al sistema es seguir produciendo, a expensas de una pésima distribución de la nueva riqueza creada. Este mal reparto también se ve como un hecho “normal” que incluso es aceptado con resignación por parte de los excluidos y dominados, quienes expresan su alienación cultural cuando terminan votando por las políticas que implantan sus verdugos (Varoufakis, 2015).

La ironía es que el sistema se encarga de reproducirse por medio del control de los medios de comunicación y sus modernas estrategias. La crisis sistémica se produce y se reproduce, no solo en el hecho económico, sino en las conciencias de los ciudadanos que muchas veces solo esperan como recurso único al Mesías salvador.

Así, mientras mayor es el grado de dependencia de nuestros países del modelo que cada día se acentúa por la globalización, mayor es el efecto destructivo en la economía, ya que la dependencia de las exportaciones e inversiones son la base de un tiempo no ganado, sino perdido en relación con las formaciones regionales y locales. El ejemplo más patético lo vemos en los países exportadores de petróleo del tercer mundo. Una caída del 50% del precio del crudo ocasiona una recesión macroeconómica con la consiguiente caída del PIB, del empleo y demás en el corto plazo. Por si fuera poco, la salida de esa dependencia permite, políticamente, que se plantee un retorno y/o una aplicación con mayor fuerza (y casi por necesidad) de los capitales transnacionales que acentúan el modelo extractivista. Ello ya ocurre con fuerza con los proyectos mineros en Perú, Colombia y Brasil, sin mencionar los análogos resultados de los soyeros en Paraguay y Argentina.

De esta manera, nos aventuramos, con poco riesgo, hacia la hipótesis de que las nuevas crisis del capitalismo en el siglo XXI son crisis que van más allá de los contenidos convencionales (caída del producto y del empleo) y/o de los contenidos estructurales (de desinstitucionalización y marginación).

Más bien nos acercamos o al menos vemos más cerca el horizonte de una etapa de la crisis *sistémica-global*, donde la valorización del capital necesariamente debe empezar a cambiar, así como la forma y administración de los recursos ya sean naturales o humanos, hoy sujetos a una especie de economía de casino, donde la casa (a decir la banca) siempre gana.

Hoy la crisis o las crisis son expresión de lo que ya no es posible, como se creyó durante todo el siglo XX: continuar con un sistema de acumulación infinita dentro de un mundo finito. Esto mismo empieza a ser reconocido por la academia mundial y por ciertos y contados líderes políticos, localizados especialmente en el mal llamado tercer mundo.

Por tanto, la(s) crisis en el siglo XXI no son solo una expresión propia y manifiesta del sistema en sí mismo, sino un serio aviso anticipado de una verdadera *crisis civilizatoria*; ya que no solo está en juego la economía, sino la vida misma del planeta.

Mientras tanto la teoría económica sigue pensando darle una salida ordenada o al menos plantea un idílico bienestar llamado “desarrollo sustentable”. Varios autores, entre ellos Naredo (1997), han observado la ambigüedad, la subjetividad (Kemp et al., 2007) y la contradicción de este término, que vincula el desarrollo (concepto con una amplia tradición en la economía) y la “capacidad de carga” (propio de la biología), en una búsqueda del “crecimiento sostenible”.

El concepto de capacidad de carga se entiende como la máxima población de una especie que puede mantenerse indefinidamente en un territorio sin provocar una disminución en la base de recursos que pudiera influir en una reducción de la población en el futuro. Este concepto es esencial para entender los comportamientos demográficos y su relación con la sustentabilidad. Nuestra demografía sigue la curva logística de poblaciones de otras especies, pero también está influenciada por las instituciones sociales. La forma en que los humanos ocupamos social y políticamente un territorio específico constituye la principal diferencia entre el ser humano y otras especies (Martínez Alier, 2005).

Aunque parezca exagerado señalar y afirmar lo dicho, preferimos esta hipótesis antes de complacernos cómodamente y cruzarnos de brazos frente a los terribles datos de la situación mundial; hay que ser realistas y no

engañarnos con un optimismo retrógrado de un “fin de la historia”, de Fukuyama, visión que persiste como parte del discurso oficial, sobre todo de los representantes de los autodenominados países más desarrollados.²

Muy lejos estamos de un mundo donde el consumo va a ser igual para todos sus ciudadanos y conseguido, además, por medio de un ambiente ultraliberal, más cerca estamos más bien de un colapso de la acumulación centralizada y concentrada en pocas manos. El mismo Thomas Piketty (2013) ya lo advierte, la hiperconcentración de capital en pocas manos ha terminado por dibujar un escenario mundial lleno y plagado de inequidades que deben combatirse a riesgo de que la situación nos lleve a una especie de trastorno social.

Dinamismo del escenario económico mundial actual: una dicotomía entre desarrollo y políticas públicas

Lo dicho hasta aquí es como una plataforma desde la que podemos, desde ahora, entrar en materia de manera aún más particular. De todas maneras, se señala que el contexto global que envuelve a la economía mundial actual está marcado particularmente por la crisis de acumulación global originada en las políticas neoliberales que terminaron por otorgar una preeminencia del sector financiero sobre la economía real. Las cifras son elocuentes: una fuerte desaceleración del crecimiento envuelve a las economías más grandes e importantes del mundo, empezando por la norteamericana, pasando por las europeas y llegando al extremo oriente, con la caída de Japón y la desaceleración de China. Todas las economías mencionadas, casi al unísono, empiezan a mostrar sus problemas más visibles desde el 2008. Este es el punto de inflexión (*crisis de las burbujas financieras*) que se da luego del desarrollo continuo de apertura iniciado en el modelo de desarrollo capitalista central a partir de los años 80, con los consecuentes cambios.

La crisis actual no puede, por ello, leerse como un hecho coyuntural particular, sino por el contrario, es producto del desarrollo estructural

² Ver los pronunciamientos oficiales en las cumbres anuales de los G8, sobre todo las últimas. En realidad ya se trata del G7, ya que Rusia ha sido excluida.

discontinuo y desigual del sistema, donde la modificación de sus elementos internos produce a estas alturas escenarios impredecibles. Tanto es así que autoridades en materia económica han calificado esta realidad de situación límite (Krugman, 2012). Incluso los mismos actores y coautores de la situación actual, como George Soros, señalan que estamos frente a una disyuntiva total.³

En general las “situaciones límite” plantean no solo la toma de salidas radicales para combatir la crisis, sino que sobre todo se vuelve urgente diseñar una nueva forma de funcionamiento de la economía mundial frente a lo que se denomina situación recursiva, es decir, el mismo estancamiento económico sin modificación de las estructuras, que puede entenderse como una situación estática del enfermo que necesita de medicina, pero solo para mantenerse en coma. El dinamismo económico debe ser otro. Se lo confunde con crecimiento, o al menos se lo asimila así, cuando en realidad involucra un *cambio en la forma de funcionar de la sociedad en su conjunto*, como cuando empezó la revolución industrial, o como cuando cambió el modelo de acumulación de la escala particular de las economías Estados-nación a la economía de la acumulación a escala mundial (transnacionalizada y globalizada).

La actual recesión o el juego del estancamiento secular en Europa, EE.UU. y Japón⁴ son más graves de lo que se calcula. Paul Krugman (premio Nobel de Economía) dice al respecto:

La Gran Recesión –la crisis que se extiende de finales de 2007 a mediados de 2009, cuando la economía se estabilizó– fue más pronunciada y aguda: a lo largo de esos 18 meses, el PIB real cayó el 5 por 100. Como dato aún más importante, sin embargo, está el hecho de que no ha habido el fuerte salto adelante que contrarrestara la caída. Desde el fin oficial de la recesión, el crecimiento, por el contrario, ha sido inferior a lo normal. El

3 George Soros (multimillonario y filántropo húngaro, de gran influencia en los medios occidentales) aseguró que nos encontramos al final de la “era del dólar”, precisando que una ruptura sistémica pudiera estar cerca (Sean O’Grady 2008).

4 En promedio entre 1950-1990 las economías del centro capitalista crecían a un ritmo entre el 3% y el 4%. Desde los años 2000-2016 el crecimiento promedio está entre el 1% y el 2,5%, es decir que el efecto neto del desaceleramiento es de un 100%. (Ver los informes de desarrollo mundial del FMI y el Year Book National Account de Naciones Unidas).

resultado es una economía que produce mucho menos de lo que debería. La Oficina Presupuestaria del Congreso (CBO) publica un cálculo, de uso habitual, sobre el PIB real «potencial», definido como medida de la «producción sostenible, en la que la intensidad de uso de los recursos ni añade ni resta a la presión inflacionaria». Concíbese como lo que ocurriría si el motor económico estuviera funcionando con todos los cilindros, pero sin sobrecalentamiento; es un cálculo de lo que podríamos, y deberíamos, estar consiguiendo. Es muy próximo a lo que se obtiene cuando se parte del punto alcanzado por la economía estadounidense en el 2007 y se proyecta lo que estaría produciendo ahora si el crecimiento hubiera continuado desarrollándose a su ritmo de largo plazo (Krugman, 2012: 12).

Estos falsos logros del crecimiento ponen en tela de juicio y suscitan duda sobre el modelo mismo de apertura indiscriminada, donde –y hay que decirlo anticipadamente– desaparecen todos los vestigios de los viejos Estados-nación; las empresas multinacionales ya no tienen patria. Incluso podemos asegurar que hay una clase dirigente-propietaria a nivel mundial (es una sola) y que se encuentra en todos y cada uno de los países del mundo.

Esta nueva situación obedece precisamente como lo hemos dicho, a una situación límite: el planeta entero entra en la mega dinámica del libre comercio o se ve abocado a cambiar radicalmente, de vuelta o hacia la acumulación regional y/o nacional-local, con el consiguiente proceso de transformación de todas las estructuras, o hacia el colapso civilizatorio.

La salida radical (hacia la acumulación local y redistribución del dinamismo) significaría la muerte de la vieja estructura capitalista basada en la súper concentración, en la apertura indiscriminada de los mercados y en la falta de regulación sobre todo al sector financiero. Todo ello imposibilita manejar los desequilibrios macro globales como el déficit comercial o el mismo déficit fiscal y va apoyado por el incremento sin precedentes de la deuda externa de casi todas las economías más grandes del mundo, como la norteamericana y de la misma eurozona. Y decimos casi porque la situación de China, incluso de Rusia, es diferente en relación con la polarización entre economía real y economía financiera.

La situación actual (crisis) reclama abandonar las políticas neoliberales; sin embargo, los actores políticos –en su mayoría ligados a los grandes procesos

de acumulación— no están dispuestos a ceder a las presiones sociales; al contrario han profundizado la crisis tomando medidas restrictivas, recortando los beneficios y los derechos adquiridos durante décadas pasadas donde se afianzó el famoso “estado de bienestar”. Una de las mayores presiones en este sentido se está llevando a cabo en Francia, donde los célebres “chalecos amarillos” han conseguido a más de una brutal represión, parar la implantación de políticas regresivas del antes conseguido “estado de bienestar”.

Durante siglos el capitalismo “central” consiguió mediante mecanismos de explotación internacional, como *el intercambio desigual*, elevar el nivel de vida material de su población. Hoy sabemos que ya no es posible mantener esos estándares de vida; las clases más vulnerables (las consideradas pobres) se han incrementado de forma dramática. Solo en EE.UU. hoy hay 70 millones bajo esa categoría, es decir el 22% de la población total, cuando en los años 60 esa cantidad era casi imperceptible: 5%.

El crecimiento no ha sido suficiente para mantener el llamado “estado de bienestar”, mejor dicho, para poder mantener un crecimiento al menos moderado, el único posible. En cambio, se ha producido un sacrificio: una menor redistribución, un mal negocio desde el punto de vista social y de la subvaloración de los recursos procedentes de la periferia.

Los años ochenta se convirtieron en el inicio de un espacio y de un discurso en el que, a nombre de la libertad, se otorgó al mercado —mejor dicho: a los que mandan en él— un poder sobrenatural. Se confió y mucho que, al liberar los mercados y al reducir el tamaño y la calidad de la intervención del Estado y del gasto público, las cosas se arreglaban por sí mismas. La autoregulación solo fue un discurso ya que, mágicamente ocurrió lo contrario, sobre todo porque la misma globalización determinó el reposicionamiento geográfico de las industrias, originando en los mismos espacios y ámbitos de las economías centrales un proceso de desindustrialización, con la consiguiente pérdida del dinamismo endógeno. Se vio entonces, ya en los años 90, aparecer un desempleo estructural mayor y por lo tanto, un retraimiento no solo de la demanda efectiva, sino de las cadenas de producción relacionadas.

El camino escogido por el Centro fue la potenciación del sector servicios, a sabiendas que ese, incluso, puede depender de la misma dinámica

de la apertura económica, como es el caso de la economía norteamericana, donde de hecho muchos comerciantes norteamericanos se han convertido en surtidores de productos importados, en especial para el sector servicios.

En cambio, el camino de la periferia sigue siendo mayor especialización en la producción de *commodities*, sujetos al control transnacional y no del mercado —a secas—, como se suele argumentar.

El nuevo modelo global fácilmente reposiciona el capital mundial con base en materias primas y mano de obra baratas, pero esto puede no durar mucho tiempo, y luego ya no habría que minimizar en los costes productivos. La política entraría en una encrucijada, ya que habría que garantizar que la demanda mundial se levante, y no precisamente por la participación de los salarios en el PIB, sino por la vía del endeudamiento.

Este es justo el momento en el que estamos, cuando nace la “necesidad de las burbujas financieras”. Habría que depositar dinero en los bolsillos de las personas para que consuman, pero este dinero no se origina en el proceso de producción real, sino en la acumulación y especulación financieras. Por lo tanto, se espera una nueva época, ya que el endeudamiento privado de consumo también tiene un límite.

La acumulación no solo financiera sino la productiva (su parásito ya) está basada en la potenciación del consumo, y mejor dicho del mecanismo socio cultural llamado *consumismo*, avalado por los mismos bancos que redireccionaron su cartera cada vez más hacia préstamos de consumo. Por ello, entendemos que la consecuencia sea el incremento desmesurado de la balanza comercial, agujero que solo puede ser cubierto por emisión masiva sin perjuicio de los efectos una macro devaluación en el puro y estricto sentido teórico.

Ya en la práctica, en los primeros años del nuevo siglo 2000-2009 se produce algo sin precedentes: la devaluación del euro frente al dólar, donde la apreciación de este último llega a ser muy fuerte, casi del 100%. Esto “mató dos pájaros de un tiro”, ya que arregla la tendencia de la brecha exterior de EE.UU., aumentando directamente la capacidad importadora (no solo por la vía del tipo de cambio, sino también por la caída del proteccionismo). Irónicamente, este mismo escenario benefició a la Unión Europea, que posibilitó un ajuste interno, consumiendo su propia producción y poniéndose en ventaja exportadora.

Pero la irrupción de este proceso se da cuando, paralelamente, se venía fraguando algo distinto: la creación (a vista y paciencia de toda autoridad monetaria) de las burbujas inmobiliarias. Y esto ocurre siempre que los mecanismos convencionales ya no funcionan (manejo del comercio exterior vía cambios arancelarios, tipos de cambio, unión de mercados, y tasas de interés). Entonces hay que echar mano de otros mecanismos menos convencionales, pero muy efectivos: prestar dinero *sin ton ni son a medio mundo*. Si hay un riesgo, este automáticamente se minimiza estatizando a la banca quebrada y/u obligando a los Estados a pagar la deuda, como sea, incluso echando mano de pensiones (capital humano desechable) y de la acumulación pública.

En este sentido, la crisis (2008-2009) es una obra maestra de la ingeniería financiera. Así se presenta con descaro la quiebra *exprofeso* de la banca norteamericana y el mayor control de la eurozona por parte de la banca europea (mejor dicho alemana y francesa).

Sin duda, esta jugada no tiene precedentes en la economía mundial. Varios “billones” de billetes verdes fueron impresos y transferidos irónicamente desde el Estado para la recuperación de los bancos.

Sin embargo, desde 2008, por más estímulos que se dieron mediante transferencias directas a bancos y empresas, o por medio de otros canales indirectos como el abaratamiento del valor del capital con tasas de interés muy bajas, incluso negativas, la economía del coloso norteamericano no logró niveles de recuperación deseables. No se han resuelto los problemas como la continua quiebra de empresas y/o el crecimiento del desempleo. Esos “niveles”, dicho sea de paso, son requeridos por la misma dinámica de la acumulación especulativa, donde el capital humano es excluido de su participación debido al ajuste, como tampoco logró volverse en una locomotora eficiente –al estilo de los 50– que arrastre, al menos un poco, a la vieja Europa de su tendencia al estancamiento.

Insistamos: para colmo de los males, se repositona la dependencia por la demanda de capital por parte de las empresas. Como es lógico, se dirá que es mejor trabajar con capital ajeno y barato antes que obtener aumentos y disponibilidad de capital por otras vías (recordemos de paso, la caída secular de las bolsas mundiales al menos en los últimos 15 años).

Entonces, hoy se cuenta con un sector privado multinacional en expansión (transnacionalizado, sobre todo en cuanto a la propiedad del capital). El mecanismo reclama, por ello, la unión de las grandes empresas para aprovechar, por medio de mecanismos de sinergia tecnológica, financiera y mercantil, que no tiene autonomía de financiamiento para el nuevo crecimiento. Depende más de decisiones financieras y de disponibilidad de crédito productivo como reducto o remanente, luego que la banca haya realizado sus cálculos de rentabilidad, sobre todo ante la eminente caída de la demanda efectiva.

El financiamiento de las compras privadas (comercio de nuevos bienes imprescindibles⁵ y servicios) se ha multiplicado y se ha vuelto el *modus operandi* para salvar los índices de crecimiento de esos sectores, así una suerte de círculo vicioso ronda como permanente nube negra en el medio cielo de las economías centrales del capitalismo contemporáneo. No es raro verificar que las burbujas inmobiliarias mencionadas son tan solo un ejemplo de ello.

Todo el proceso aquí relatado da cuenta de que la economía mundial es más transparente en cuanto a que se hace evidente la desesperación por salvar la acumulación concentrada. Se invierte la lógica de prestar dinero a los que tienen capacidad de pago a los que no la tienen; esta lógica perversa inaugura las nuevas contradicciones del capitalismo en el siglo XXI.

Insistimos, se han fabricado, *exprofeso*, burbujas financieras insostenibles —e impensables en otros tiempos— ante las que el Estado no ha dudado en intervenir, pero sin socorrer y dejando a los prestatarios privados,

5 La creación de bienes y de necesidades no es nada nuevo para el sistema, por el contrario de la creencia tradicional (de la economía ortodoxa convencional donde se pone énfasis en la *know-how* y en la *tecnología para la producción*), estas nuevas formas de consumo son realmente revulsivas para mantener el ritmo general de crecimiento y de acumulación, donde el énfasis radica en el consumo masivo, ya de bienes tecnológicos (teléfonos móviles, computadoras de todo diseño, laptops, aditivos electrónicos para todo tipo de acciones humanas, hasta para conducir un auto). La robotización de lo cotidiano es ya un estándar y la demanda se adapta muy rápidamente a estos cambios, ya que el bienestar material está en la permanente innovación del consumo. La *fashion-moda* no solo existe en las pasarelas; pasó a ser parte de nuestro modo de vida. Si no cambiamos de auto cada cierto tiempo, tristemente nos sentimos disminuidos en nuestras capacidades consumidoras, pero esto es un hecho donde no solo existe la obsolescencia programada en la fabricación de bienes, sino que es ya parte de la mentalidad del consumidor que debe innovar permanentemente. Serge Latouche (2007) ilustra, en su teoría sobre el “decrecimiento”, que estas necesidades no corresponden a la verdadera naturaleza humana.

los más afectados, a su suerte. Por el contrario, no hay lógica que logre descifrar esta irracionalidad que ha logrado “salvar” a los agentes que han provocado directamente la crisis, es decir, a esos mismos bancos.

Es evidente que el capitalismo muestra hoy su verdadera cara, ya que ha priorizado su acción a favor de la gran acumulación del capital financiero y ha olvidado el dinamismo poblacional, desacreditando al capital humano.

La figura actual se parece mucho a la serpiente que se muerde la cola, ya que para ahogar la crisis y apagar el incendio se coloca más combustible, inyectando más recursos a la banca. El mecanismo es el mismo: emisión monetaria que lleva por destino, insistimos, darle más solvencia a la banca, rescatarla de los números rojos ocasionados por la aventura fabricada de dar crédito a quien no necesita. Sin embargo, las políticas públicas para contrarrestar el posible efecto inflacionario, irónicamente, restringen el gasto social y/o producen recortes públicos de tal magnitud que se destruye de un plumazo (en el corto plazo) lo que con tanto cuidado y esmero se construyó, el llamado “estado de bienestar”. Las restricciones a los ingresos de la población tienen efecto inmediato sobre la demanda efectiva, contrario a lo que se hacía antaño, cuando se contenía la crisis de sobreproducción vía creación de dinero, pero para incrementar la demanda.

Quizá algo que todos estamos pasando por alto dentro del análisis de la crisis estructural o punto de inflexión de restructuración del capitalismo a nivel mundial, sea el encause derivado del proceso de acumulación.

Desde hace mucho tiempo sabemos que la acumulación se realiza ya a escala mundial. Conviene citar el acertado trabajo de Samir Amín (1980), que ya tiene más de tres décadas, que devela sobre todo, el salto hacia un capitalismo *paranacional*, donde la acumulación ya no es posible en los viejos y protegidos Estados-nacionales. Las empresas monopólicas buscaron desde los 70 una expansión que les llevó a actuar por fuera de su espacio natural de creación y desarrollo.

Pero la cosa no paró allí y sabemos, por igual, que, para expandir su poder se requirió desmontar el proteccionismo y lograr espacios regionales inmensos donde el libre comercio y la apertura marquen la pauta del des-entrevimiento de toda la economía.

La fusión de capitales no tardó en llegar, y con ello no solo se unificaban los mercados, sino los mismos procesos económicos, antes locales y diferenciados. Ahora las empresas se fusionan, se hacen más grandes y poderosas para aprovechar precisamente esa ampliación de mercados.

Por ello no podemos olvidar la consecuencia inevitable de la globalización y el poder mayúsculo que hoy tienen las empresas transnacionales. Al inicio de este proceso sus alianzas y fusiones se daban en el ámbito de una misma actividad; como la que se dio en 1999 entre Dow Chemical y DuPont, en el sector agroindustrial, o la que se dio en el 2006 entre AT&T y BellSouth Corp (la compañía adquirió a BellSouth, ambas firmas pertenecen a la rama de las telecomunicaciones). De estos ejemplos podemos poner demasiados como para darnos cuenta de que los procesos de hiperconcentración y control total de los mercados es una característica intrínseca al capitalismo contemporáneo.

Sin embargo, la concentración y fusión de empresas empieza a tener nuevos matices, y es que la mayor fortaleza de las multinacionales se da cuando dos de ellas se asocian o se funden, pero cada una procede de distintas actividades y sectores de la economía, lo que empieza a marcar un hito y tendencia. Esto obedece al proceso de intromisión de la banca de inversión desarrollada en los años 90, donde ya se percibía esas alianzas entre bancos, fondos de inversión e inversionistas, una especie de capital financiero al estilo de lo ocurrido en los albores del siglo XX.

La fusión de capitales entre empresas de diferentes sectores y tipología de producción empieza a ser una norma en la nueva economía mundial que estamos tratando de dibujar. Así, en la actualidad, contamos con un ejemplo “paradigmático” con la unión entre Bayer y Monsanto. Gracias a los nuevos avances tecnológicos (cada uno en su rama: la una de la farmacéutica y la química y la otra de la agricultura, alimentos y derivados), forman un coctel biotecnológico que logrará, seguramente, tener un poder sin precedentes que rompa con muchas dinámicas de las mismas empresas competidoras, a pesar de la libertad de mercados. Las crisis sirven para canalizar aún más este tipo de procesos.

América Latina ya vio esfumarse durante décadas (1940-1990) todo su esfuerzo por el desarrollo (*desarrollo* vendido como cliché de bienestar),

donde el “excedente económico”, bajo la conceptualización de Paul Baran (1971) se esfuma mediante mecanismos internacionales como el pago excesivo de la “deuda externa” o por vías más naturales como el mismo “intercambio desigual”. En expresión de la CEPAL, este fue el famoso “deterioro de los términos de intercambio”, que determinó como el Sur financiaba el crecimiento del norte. Pero hoy ya no se trata de una explotación internacional de países contra países. La expresión es el conjunto y conglomerado de empresas transnacionales frente a la disponibilidad de recursos abiertos y mercados integrados.

“Las transnacionales contra el mundo”, sería el título de una permanente pero vieja noticia, guerra que está presente sin distinción de localización geográfica. Por ello hay que pensar que en este nuevo escenario, los Estados-nación persisten –o existen aún– como parte de una estrategia que posibilita el asentamiento de la globalización.

Sin duda estamos frente a una crisis de acumulación “sistémica”, ya que esta no solo afecta a un sector, sino que su irradiación presenta una figura: la de la recursividad. Las constantes aplicaciones de los nuevos agregados tecnológicos, con los que antes se lograba aumentar sustantivamente la productividad, ya no caben en medio de una estructura de crisis que deteriora los niveles de consumo. Ya no pueden ser la contraparte de la oferta, de manera que la situación en general potencia el estancamiento global. Lo que caben son sin duda las tecnologías alternativas, aquellas que los macro procesos de acumulación desechan.

Lo irónico de esto es que hay demasiado dinero, el cual no puede ser eficientemente canalizado en la economía real. Se podría, pero se prefiere mantener intacto al capital financiero que, por otra parte, promociona estándares de consumo crecientes. Un ejemplo de ello es cómo la clase media europea o norteamericana renueva su auto cada dos años, a pesar de que es algo innecesario. Y se trata de autos más caros, vendidos con facilidades financieras. Este mecanismo ya fue implementado con fuerza en la década de los 90, cuando todo el mundo, especialmente en EE.UU., llegó a tener más de una tarjeta de crédito. Las deudas personales no pueden comprometerse al infinito a futuro, y creemos que ya se llegó al punto donde no se puede incentivar más el consumo a no ser que cada ciudadano (o empresa)

se siga endeudando. Este mecanismo de reproducción actualmente no es posible dentro de las prácticas macroeconómicas, ya que el endeudamiento ha llegado también a su límite máximo. Hoy sabemos que la deuda externa de EE.UU. es más grande que su PNB; esto es muy grave considerando que aún se trata de la primera economía mundial.

Esta imposibilidad del capital financiero de lograr extraer excedentes del sector real estalló con la misma crisis en el 2008, así que a los mismos bancos no les quedó otra alternativa que seguir especulando con sus estados financieros. Desde antes de la crisis mencionada se vendieron imponderables cantidades de paquetes de deuda con utilidades irreales mayores a la tasa de interés. Incluso se lograron vender hasta las pólizas de seguros en alza, cuando detrás de esa temible especulación estaban papeles que, se sabía, no valían nada y eso terminó por contaminar a la totalidad del sistema.

La crisis tiene mecanismos permanentes para que otros países corran con el peso de la misma. El intercambio desigual, expresado en el deterioro de los términos de intercambio, es el medio intrínseco y natural del capitalismo central para captar recursos de la periferia. Aún ahora, y tomando en cuenta todos los materiales existentes, la Unión Europea importa cuatro veces más toneladas de las que exporta, mientras que América Latina exporta seis veces más toneladas de las que importa (Martínez Alier, 2012).

La crisis sistémica es un concepto que explica mejor la situación actual mundial y alude a la imposibilidad de que la misma situación sea superada a nivel global. De allí la manifestación reciente de una propuesta final que facilite un repunte definitivo de las economías estancadas, y crear un gran mercado que abarque a EE.UU. y a Europa, esto siempre bajo la imperiosa necesidad de que usar una moneda única y diferente al dólar norteamericano y al euro. Esta posibilidad todavía está en ciernes, a pesar de que muchos expertos la ven como la única salida a la crisis central. De llegar a ocurrir, esto puede acarrear una catástrofe mundial sin precedentes, enlazada a la caída del dólar norteamericano como moneda de intercambio y de reserva mundial. Estamos, por lo tanto, ante una paradoja. La profunda crisis solo puede remediarse destruyendo lo que con tanto esmero construyó el propio sistema capitalista durante por lo menos 200 años, un gran mercado de oferta y demanda de todo tipo de bienes que fue base del

modelo de desarrollo consumista, que ha beneficiado tan solo a un 20% de la población mundial.

Hay que señalarlo

el occidente capitalista no da más por tres razones fundamentales que contradicen los supuestos con los que nació hace 500 años: 1) porque ahora el trabajo urbano es más costoso que el trabajo rural, por lo cual en un mundo urbanizado la acumulación es cada vez más limitada y el capital gana cada vez menos; 2) la naturaleza ha mostrado también sus límites y ya no puede ser explotada sin término y, 3) no se puede pensar en una sociedad actual sin demandas democráticas ahora básicas: educación, salud, empleo y seguridad social, que solo generan costos. Sobreviene la paradoja: el capitalismo ya no es rentable (Wallerstein, 2004).

Por esas razones creemos que la crisis sistémica del capitalismo global es sin duda una crisis civilizatoria, una crisis del modo de vida moderno.

Las afectaciones a las condiciones físicas del planeta ponen en riesgo la supervivencia de la humanidad. Estamos frente a una ruptura civilizatoria: el incremento de la incertidumbre y la magnitud de los problemas contemporáneos han llegado a un punto crítico, como para que sea indispensable y urgente debatir la necesidad de construir nuevos paradigmas, más adecuados para tratar los problemas no resueltos (Falconí, 2012).

Según Jackson (2011), el desafío más importante en esta crisis de paradigmas es solventar el dilema de la dinámica de los sistemas actuales: tenemos un modelo económico basado en la afición de los consumidores; tal modelo genera una especie de “destrucción creadora” (Schumpeter, 1950; Passet 2001) que nos ancla al consumo de recursos y al desecho indebido de productos obsoletos. Los patrones actuales de consumo requieren un cambio urgente de la matriz energética del mundo. Es necesario impulsar fuentes de energía renovable que permitan a las economías crecer al ritmo necesario que “satisfaga” o en una mejor medida “mantenga” cubiertas las necesidades de las poblaciones (Falconí, 2012).

La racionalidad económica del capital ha llevado a sobrexplotar no solo las energías no renovables, como el petróleo, sino también de los metales y minerales. Hoy en día la escasez relativa de ciertos metales y minerales está a la vista. Los mismos suelen concentrarse en el Sur y sobre todo en los países emergentes. Occidente no solamente es cada vez más dependiente de los países del Sur en materia energética (petróleo), sino también de minerales y metales en general, y sobre todo de los más estratégicos. Con ello, las condiciones objetivas para establecer nuevas relaciones de poder están dadas. En los países periféricos se extrae, en términos de valor de uso, recursos naturales a velocidad creciente, es decir, sufren sobre todo la desmaterialización absoluta. Si las crisis del pasado se caracterizaban por la sobreproducción de valores de cambio, la sub-producción de valores de uso como el *stock* de recursos naturales comienza a ser una nueva cara de la crisis (Dierckxsens, 2012).

La política económica y las políticas públicas de la periferia frente a los condicionamientos internacionales

Frente a la crisis las respuestas han sido muy contradictorias:

por desgracia, no estamos usando el conocimiento que tenemos porque, por una serie diversa de razones, demasiadas personas de entre las que más pesan –políticos, funcionarios públicos de primer orden y la clase más general de autores y comentaristas que definen el saber convencional– han elegido olvidar las lecciones de la historia y las conclusiones de varias generaciones de grandes analistas económicos; y en lugar de este conocimiento, obtenido con tanto empeño, han optado por prejuicios ideológica y políticamente convenientes... Es hora de que el gobierno gaste más, y no menos, hasta que el sector privado esté preparado de nuevo para impulsar la economía. Sin embargo, lo habitual ha sido instaurar políticas de austeridad y de destrucción de empleo.... Tal vez –solo tal vez– nuestra economía esté por fin en el trayecto rápido a una verdadera recuperación cuando este libro llegue a las estanterías, con lo que mi llamamiento no será necesario. Así lo deseo, con todas mis fuerzas; pero

dudo mucho de que sea así. El hecho es que todos los indicios apuntan a que nuestra economía seguirá estando débil durante mucho tiempo, mientras los gestores de nuestras políticas no cambien el rumbo (Krugman, 2012: 3).

La política económica ya no es más la práctica de correctivos técnico-científicos aplicados por actores políticos para solucionar los desequilibrios inherentes al sistema. Desde los años 80, la práctica de las políticas diseñadas por los organismos internacionales terminó por destruir el capitalismo nacional de la denominada periferia del sistema que convirtieron a estas sociedades en inviables, tanto desde el punto de vista político como social, a lo sumo y cumpliendo de manera *funcionalista* frente a los requerimientos productivos de la nueva gran acumulación de capital que empezó a operar con fuerza en el sistema financiero de los países centrales a inicios de los años 90.

Esta ralentización en la evolución de la economía mundial no ha llegado sola, pues se hace acompañar del agotamiento en las opciones que brinda la política económica para detener el impulso destructor de la crisis cíclica, un escenario que se ha denominado “crisis de las soluciones” (Alízar, 2012).

Las políticas económicas en Europa y en EE.UU. no parecen querer dar solución a los problemas. Entrampados en doctrinas económicas, se aferran a mantener un *estatus quo* preestablecido, ilusoriamente irrenunciable, ya que se actúa a sabiendas de que los recortes salariales y austeridad fiscal no son parte de la solución, sino el resultado lógico del ajuste estructural. Estos costos son inevitables y necesarios según la versión de los poderes políticos que hoy conducen las grandes y viejas economías capitalistas, que se conforman con tasas de crecimiento pírricas y que no conducen hacia el dinamismo deseado que pueda sacar del agujero del estancamiento a dichas economías.

La perspectiva social, política y económica para el 2012 (en adelante) es extremadamente negativa. El consenso casi universal, incluso entre los economistas ortodoxos convencionales, es pesimista respecto a la economía mundial. Aunque incluso aquí sus predicciones subestiman el alcan-

ce y la profundidad de la crisis, hay poderosas razones para creer que el 2012 será el principio de un declive mayor que el experimentado durante la Gran Recesión de 2008 a 2009. Con menos recursos, mayor deuda y una creciente resistencia popular a salvar el sistema capitalista, los gobiernos no pueden rescatar el sistema (Petras, 2011: 12).

En cambio, sí persiste una diferencia entre estos y, por ejemplo, las economías de Latinoamérica, donde a, pesar de su historia de crisis estructural profunda, parece existir un cierto orden institucional y un crecimiento en función de la disminución de los principales problemas como la pobreza extrema, el desempleo y la misma inflación. Las economías de esta parte del globo se han visto beneficiadas por dos factores esenciales: el crecimiento de China e India vía mejores precios de los *commodities*, y el abandono de las prácticas neoliberales, con fuertes contenidos de integración endógenos del desarrollo intrarregional. Bajo la ironía de la nueva realidad en el Foro Económico Mundial en Davos de enero de 2008 (pero vigente en la actualidad), Cheng Siwei, vicepresidente del Comité Central del Partido Comunista de la República Popular China, puso en cierta forma el dedo en la llaga al afirmar: “Los asiáticos ahorramos hoy para gastar mañana, pero los americanos gastan hoy lo de mañana”.⁶ Así, China está salvando la acumulación a escala mundial, logrando con su crecimiento un arrastre en los países periféricos quienes han mostrado un fuerte potencial de integración con la economía del Gran Dragón e incluso entre sí mismas. El mejor ejemplo es que las economías latinoamericanas han competido tradicionalmente entre ellas. Hoy el escenario se presenta más bien de complementariedad, ya que no todas tienen petróleo, que todas necesitan; igual pasa con el gas y con muchas materias primas básicas, al igual, incluso, con bienes industrializados.

En este contexto, es necesario repensar en los procesos económicos locales, frente a la bruma internacional. A pesar del delineamiento de las reglas de juego, hay una salida más bien “heterodoxa”, frente a la globalización excluyente.

⁶ Tomado de www.observatoriodelacrisis.org y Dierckxsens (2012).

Ecuador, como América Latina, necesita de un Estado más grande y más eficiente

Nos remitimos a las últimas experiencias, donde el reforzamiento y ampliación del gasto público (histórico) se ha dado en países como Argentina, Brasil, Ecuador, Bolivia, entre otros, donde los excedentes fueron utilizados en el denominado gasto social (entendido mejor como inversión en capital humano, que amplía las oportunidades a decir de Amartya Sen), además en obras de infraestructura que contribuyen a la misma competitividad sistémica, tan anhelada por los mismos economistas convencionales. Este mayor gasto fue acompañado con un fuerte control de variables relacionadas con los precios, salarios e impuestos logrando una matriz de “redistribución” muy efectiva para combatir la pobreza extrema, que en promedio se ha reducido en un 20% en estos países. El efecto redistribución combinado con el inherente efecto multiplicador del gasto público han logrado incrementar el consumo privado. La oportunidad de ampliar la oferta local se ha dado de manera simultánea y, sobre todo, bajo parámetros muy distintos a los del modelo transnacional, que más bien ha querido sacar provecho de esta situación instalándose en la rama de los servicios (telefonía, comunicación vía internet y demás).

El gasto público puede haber sufrido de distorsiones naturales y propias a los modelos políticos periféricos, la corrupción y gastos innecesarios y/o con obras públicas con sobrepagos (sin querer exculpar al sector privado de haber hecho del acto político de dirección del poder, un negocio más). Financiar campañas a cambio de contratos jugosos son la norma y no la excepción. Pero en la insistencia, y a pesar de ello, la mayor presencia del Estado en la economía de nuestros países es una necesidad propia de la misma acumulación periférica en defensa del Estado-nación ante los embates de la globalización. El mercado (globalizado) produce pobreza estructural, y solo la institucionalidad pública puede y debe combatirla.

Sin embargo, en política pública no siempre lo deseable es lo posible, ya que el punto de inflexión está en el financiamiento de ese gasto. De allí la importancia de tener *una estrategia anclada a una política de desarrollo de largo plazo* y no al inmediatismo de la búsqueda de formas de inserción

internacional, ya sea a través de la búsqueda de nuevos mercados (con la consiguiente apertura) o de la entrega del patrimonio natural nacional a las transnacionales. Dicha estrategia pasa necesariamente por ampliar la base de la recaudación directa: un incremento del Impuesto a la Renta de los grupos económicos más poderosos y lucrativos se vuelve una imperiosa necesidad, más es tratado como un oxímoron. En este sentido es un éxito que Bolivia, por ejemplo, haya logrado con la nacionalización del gas, no solo seguridad energética, sino crecimiento seguro y estable. Allí, la mayoría de los excedentes se reciclan dentro de su misma economía, logrando así ampliar la base de las inversiones de menor escala. En Ecuador ocurrió algo similar con la construcción de hidroeléctricas; el excedente del petróleo fue apoderado por el Estado. En este caso el ciclo del gasto estuvo indexado al ciclo del precio mundial, y lo que se tenía que haber hecho, desde un principio, es haber ampliado la base de la recaudación directa. De esta manera, frente a la caída del precio se puede sustituir una base (inestable) por una base de ingresos fijos que sostengan el modelo de manera estructural, inherente y sólida. (Hay que acordarse de que en Ecuador los 15 grupos económicos más poderosos facturan el 50% del PIB y solo pagan el 3% del Impuesto a la Renta).

Este es en realidad el punto donde se rompe la propuesta de un mayor Estado, más justo y eficiente ya que, al no tocar la base de la acumulación de capital local (concentrada y centralizada) y frente a la inminencia de sostener el modelo de creciente gasto y continuar con el proceso, se requirió de un rápido e ingente endeudamiento externo, exponiéndonos de nuevo al ciclo y a las variables de la economía mundial globalizada. Vuelve así el fantasma de la deuda externa, que se torna necesaria bajo las condiciones antes descritas. Para continuar con el modelo de gasto, la deuda parece un hecho perentorio y su servicio pasa factura en el corto plazo. Así, para los economistas neoliberales el ajuste se vuelve inminente.

Conclusiones

El ajuste estructural no es una salida ante la crisis del déficit fiscal. Actualmente en Ecuador, como en muchos países de América Latina y del mundo, se trata de combatir el déficit por el lado de los gastos y esto representa un retroceso del sostenimiento del estado de bienestar, incluso en los países de mayor desarrollo relativo en Europa. Las menores oportunidades de consolidación de un modelo más sostenible en la periferia y la reducción de subsidios, acompañada de la flexibilización laboral, lo único que hacen es reducir –por el lado de la demanda– el mismo crecimiento que las empresas locales necesitan. Aparentemente esto se da en función del crecimiento del empleo, cosa que no se cumple, ya que el efecto redistributivo desaparece con el menor gasto. Con ello desaparecen también las posibilidades de que el consumo crezca, ya que con salarios bajos no hay demanda efectiva.

Lo que hay que hacer en economías como la del Ecuador es disminuir la base de la recaudación indirecta. El IVA debe bajar para provocar un efecto expansivo de corto plazo y lograr equilibrar las variables reales de oferta y demanda agregadas. Irónicamente, las políticas públicas encaminadas a reducir el Estado (sobre todo por la vía del gasto) tampoco son sostenibles en el mediano y largo plazos; por ello se echa mano de lo más obvio y contingente, que es la receta de siempre, la privatización de las empresas públicas. En este sentido se pide que la acumulación del *stock* de capital público pase a manos privadas, en vez de convertir a la acumulación privada en un complemento. La inversión privada que se hace de empresas públicas no genera más empleos, ni genera más dinamismo que el que ya existe; por ello este proceso es visto como una oportunidad maniquea de ciertos grupos económicos que quieren lucrar, sin esfuerzo, a expensas de lo logrado y ante el pretexto de la necesidad de reducir el tamaño del Estado. Para ello también hay una respuesta heterodoxa y es que más bien se requiere democratizar la propiedad de las empresas públicas, que pueden financiarse si logran titularizar nuevas inversiones al público en general, creándose lo que muchos economistas han llamado capitalismo popular. De esta forma sí habría alternativas de financiamiento distinto al de empréstitos internacionales que condicionan las políticas macroeconómicas vía FMI, Banco Mundial y demás.

Políticas públicas y sistema monetario y financiero. Apuntando al caso ecuatoriano, la dolarización como sistema monetario ya no es funcional al modelo de redistribución permanente de la riqueza, ya que la moneda local, el dólar norteamericano, dejó de devaluarse y con ello el sector exógeno de la economía (sector exportador) quedó vulnerable al tipo de cambio en los últimos años. Así la economía se vuelve menos competitiva y pasa factura a una buena parte de la demanda agregada. Disminuyen los dólares netos y en ese escenario es imposible combatir el déficit externo, agravado en el caso del Ecuador con la caída del precio del petróleo, lo que ya afecta al mismo crecimiento que necesita de más deuda para que la economía no se estanque. Esta paradoja también es superable desde una perspectiva anti globalizadora. El caso es que hay que poner coto a las crecientes importaciones sobre todo de bienes finales, de lo contrario el esquema de dolarización ocasionará dificultades, si no lo está haciendo ya. Se puede no solo subir aranceles sin comprometer acuerdos internacionales (vía OMC), sino cargar con impuestos indirectos, ambientales y no ambientales a dichas importaciones. Todo ello puede dejar un margen o un espacio aprovechable a un cambio en la matriz local de producción, ya que la misma acumulación local requiere de incentivos públicos a cambio de sacrificar al modelo de apertura indiscriminada. De allí, hay que cuidar cada dólar que ingresa a la economía; por eso no es solo una aberración económica que el FMI proponga quitar el impuesto a la salida de divisas, este, al contrario, debe reforzarse por lógica necesidad. La base monetaria y la creación de dinero a base de expandir el crédito público y reducir las altas tasas de interés son también una prioridad dentro de esta estrategia que aquí delineamos como alternativa.

El modelo de desarrollo con base en políticas que supongan como eje la sustentabilidad es lo deseable dentro de lo posible. Hay varios caminos trazados dentro del escenario global; sin embargo, el margen de maniobra es muy estrecho, sobre todo para la política pública que reclama una mayor presencia del Estado en la economía. Hay que recordar el concepto de “inserción dinámica” de la CEPAL, donde los efectos de la apertura indiscriminada deben ser abordados desde adentro y para adentro, sin olvidar que existe el mundo externo. Entonces la búsqueda del sector clave y motor del crecimiento

y del desarrollo no solo recae en el Estado, sino en el sector que atraviesa por sus características, toda la dinámica económica, social y ambiental. En este sentido vemos al Ecuador como un país con un potencial enorme en el desarrollo del turismo sustentable, como la salida más lógica a la perversidad de la especialización primaria. Complementariamente, el enfoque de producción hacia los sectores de pequeñas y medianas empresas que se articulen hacia lo que se llama producción limpia y alternativa para satisfacer demandas internas es un campo todavía no explotado. Este campo se puede ubicar, dentro de lo posible, para mejorar la supervivencia en medio de la cuarta revolución tecnológica mundial. Hay que trabajar para que los recursos se vuelvan sustentables dentro de los parámetros de la economía circular, lejos del extractivismo de los recursos no renovables. En resumen, necesitamos más Estado y más democracia, dos variables que están olvidándose en el esquema neoliberal del siglo XXI.

Bibliografía

- Acosta, Amilkar (2008). “China will crash and burn along with the rest of us”. *Rebelión*, 24 de enero.
- Alpízar, Guillermo Andrés (2012). “Ocho desafíos para la integración latinoamericana y un nuevo rol para Asia”. Disponible en <https://gandresalpizar.wordpress.com/2012/12/13/ocho-desafios-para-la-integracion-latinoamericana-y-un-nuevo-rol-para-asia/> [visitada 14 de mayo de 2019].
- Amín, Samir (1980). *La acumulación a escala mundial*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- Baran, Paúl (1971). *La Economía Política del Crecimiento*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Correa, Rafael y Fander Falconí (2012). “Después de “Río + 20”: bienes ambientales y relaciones de poder”. *Revista de Economía Crítica* N°14: 257-276.
- Encuentro Nacional Popular Latinoamericano y Centro de Investigaciones en Política y Economía (2012). “Diagnóstico de la situación en el

- 2012”. Disponible en <http://www.observatoriodelacrisis.org/2012/06/diagnostico-de-situacion-2012/> [visitada 20 de junio de 2018].
- Falconí, Fander (2011). “Capitalismo: ¿enfermo sin curación?”. *El Telégrafo*, agosto 17, columnistas.
- Fukuyama, Francis (1989). “The End of History?” *The National Interest* N° 16: 3-18.
- Krugman, Paul (2012). *End This Depression Now*. Nueva York: WW Norton & Company.
- Latouche, Serge (2012) *La sociedad de la abundancia frugal. Contrasentidos y controversias del decrecimiento*. Icaria: Barcelona.
- (2009). *La apuesta por el decrecimiento*. Icaria: Barcelona.
- (2007). *Sobrevivir al desarrollo: de la descolonización del imaginario económico a la construcción de una sociedad alternativa*. Barcelona: Icaria.
- Naredo, José Manuel (2006). *Raíces del deterioro ecológico ambiental: Más allá de los dogmas*. Madrid: Siglo XXI.
- NN.UU, (Varios años): Year Book National Account. N.Y.
- O’Grady, Sean (2008). “Soros warns ‘systemic failure’ may be upon us”. Disponible en: www.deepjournal.com [visitada 13 de abril de 2018].
- Paéz, Pedro (2019). *La nueva arquitectura financiera e integración latinoamericana*. Quito: Centro de Publicaciones PUCE.
- Petras, James (2011). “2012 el año del fin del mundo”. *Rebelión*, 31 de diciembre.
- Piketty, Thomas (2013). *El capital en el siglo XXI*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económico.
- Schortgen, Ken Jr. “El dólar ya no es la moneda principal para el comercio de petróleo”. Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/el-dlar-ya-no-es-la-moneda-principal-para-el-comercio-de-petrleo> [visitada 22 de junio de 2018].
- Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo (2013). *Plan Nacional del Buen Vivir 2013-2017*. Quito: Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo.
- Varoufakis, Yanis (2015). *Economía sin corbata*. Madrid: Editorial Planeta.